La muestra se ofrece en Barcelona

«Marc Chagall: Tradiciones judías»

Conferencias de Leopoldo Azancot y Javier Arnaldo

La exposición «Marc Chagall: Tradiciones judías», organizada por la Fundación Juan March, que se ofrece en Barcelona hasta el próximo 4 de julio, en el edificio La Pedrera, con la colaboración de la Fundació Caixa Catalunya, se acompañó durante su anterior exhibición en Madrid de un ciclo de conferencias a cargo de Leopoldo Azancot y Javier Arnaldo. Durante su permanencia en la sede de la Fundación Juan March –del 15 de enero al 11 de abril– fue visitada por 123.736 personas.

Esta exposición de 41 obras del pintor ruso-francés presenta por primera vez en España el conjunto del decorado arquitectónico y escénico que Chagall realizó para el Teatro de Arte Judío de Moscú, procedente de la

Galería estatal Trétiakov de esta capital.

El catálogo de la exposición editado por la Fundación Juan March incluye un estudio de Sylvie Forestier, asesora científica de la muestra y ex directora del Musée National Message Biblique, de Niza, titulado El color verde del Arca..., seguido de un glosario de términos yiddish; anotaciones sobre los diversos paneles de El Teatro Judío, a cargo de Benjamin Harshav; y una biografía de Marc Chagall, escrita por la nieta del pintor, Meret Meyer. El ciclo de conferencias en la Fundación Juan March corrió a cargo de Leopoldo Azancot, escritor y crítico literario, quien habló sobre «Marc Chagall: una vida judía» (19 de enero) y «Marc Chagall y la mística judía» (21 de enero); y Javier Arnaldo, profesor titular de Historia del Arte Contemporáneo de la Universidad Complutense de Madrid, quien trató sobre «Marc Chagall: la pintura al dictado del amor» (26 de enero) y «Marc Chagall: la vida como historia revelada» (28 de enero). Leopoldo Azancot (Sevilla, 1935) estudió Derecho en la Universidad de Sevilla. Fue director en funciones de la revista «Índice» y dirigió el Suplemento Bibliográfico de la revista «La Estafeta Literaria». Ha escrito crítica literaria en «Índice», «ABC», «Ya», «Pueblo», «El País» y «El Mundo». Autor de numerosas novelas, entre ellas La novia judía (1977), Los amores prohibidos (1980), El amante increíble (1982) y Mozart, El amor y la culpa (1988).

Javier Arnaldo (Madrid, 1959) se licenció y doctoró por la Universidad Autónoma de Madrid. Amplió estudios en la Universidad Libre de Berlín, en la que fue profesor ayudante de 1986 a 1989. Actualmente es profesor titular en el departamento de Historia del Arte Contemporáneo de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid. Entre sus últimos libros figuran Las vanguardias históricas (1993), Caspar David Friedrich (1996) y la edición crítica completa (en colaboración con Olga Fernández) de Todo se parece a algo. Escritos críticos y testimonios, de Ángel Ferrant (1997).

Leopoldo Azancot

Una vida judía

Se puede hablar con respecto a Marc Chagall de una vida judía en tres sentidos. En primer lugar, porque Chagall fue judío y con una actividad propia de judío a lo largo de sus 97 años de vida; en segundo lugar, por la intensidad y frecuencia de lo judío en su obra y en su vida;

y tercero, porque integró en sí las tres figuras del judío de los tiempos modernos: el judío del ghetto, que vive rodeado de hostilidad y se ve obligado al exilio; el judío que asume el exilio para dar testimonio al resto de la humanidad de lo que significa ser judío; y el judío pre-mesiánico. Chagall es un hombre de integración. Busca lo que une y le da un sentido específicamente judío.

Pensemos en lo que era el ghetto, en lo que era la zona reservada a los judíos en la Rusia de finales del siglo XIX. Los judíos tenían los movimientos limitados; para ellos el acceso a las universidades estaba muy restringido. De ahí que a principios del siglo XX numerosos judíos emigrasen a Estados Unidos; otra de las razones era escapar del servicio militar que podía durar muchísimos años. Marc Chagall nace en ese contexto, en la ciudad de Vitebsk (Bielorrusia). Cuando a comienzos de los años 20 dejó Rusia, siguió amando su mundo de Vitebsk. Las relaciones de Chagall con el entorno no judío, con el cristiano, es muy intenso. La presencia de la estética rusa del icono le acompañará en toda su obra. La influencia y su amor por la literatura rusa son muy intensos.

Marc Chagall empieza a tomar conciencia de lo que es el arte en un momento muy eslavófilo en Rusia. En el ámbito musical, entra en contacto con el también judío Bakst, con las obras nacionalistas de compositores como



Rimsky, Liadov, Strawinsky, y con los ballets rusos. Es un momento de búsqueda de raíces. Y las de Chagall son raíces judeorrusas. Él vive lo ajeno sin conflicto, buscando siempre lo que une y no lo que separa, integrándolo todo. Su judaísmo no va a ser nunca

folklórico, sino esencial.

Para Chagall, Jesús es una representación del mártir judío. Aparece cubierto con un chal ritual (el thallit). Pinta una primera crucifixión en 1912 y luego el tema reaparece mucho más tarde, en 1938 (coincidiendo con la gran persecución alemana de los judíos). Chagall de hecho nunca abandonó Vitebsk. La presencia de esta ciudad será constante en su obra. Creo que hay dos razones para explicar esta continuidad: por una parte, es una representación del mundo del judío del ghetto; y por otra, es un anclaje psicológico. Al encontrar Chagall su centro, entrevió la eternidad en Vitebsk.

Chagall pone continuamente en juego una imaginación mítica. Es una visión muy infantil, a la que Chagall siempre fue fiel. De ahí que siguiera siendo siempre niño en cierto modo. «Coger las cosas, reflexionar y soñar con ellas: éste era mi juego», dice Chagall.

Durante su estancia en París de 1910 a 1914, es asombrosa la facilidad con que hace suyas las vanguardias de la preguerra, cómo se va incorporando el cubismo, orfismo y fauvismo, aunque con retornos continuos a su temática judía, a Vitebsk. Apollinaire califica su pintura de «sobrenatural»; y Max Jacob habla de él como del «poeta».

La Primera Guerra Mundial le sorprende en Rusia. Va allí a pasar el verano en 1914. Renace entonces su interés

por el hassidismo, el último gran movimiento místico judío. Participa en el Teatro Judío de Moscú, de Granovsky. Chagall realiza lo que Jean-Claude Mercadé llama el «dibujo-danza hassidista». Mediante su pintura, propicia un modo de expresión específicamente judío: en los gestos, movimientos, modo de moverse todo es judío y afirma la alegría.

En París, en los años 30, al comienzo de la persecución nazi, Chagall comprende el alcance de lo que está ocurriendo y pide a Vollard ilustrar la Biblia. En 1931 hace una primera visita a Israel. Quiere afirmar a toda costa sus orígenes judíos. En 1937 vuelve a pintar crucifixiones. Es importante subrayar cómo en los cuadros de Chagall nunca aparece el mal, sólo los efectos del mal. Chagall termina los grabados de la Biblia y empieza a pintar el Mensaje Bíblico. Regresa definitivamente a Francia en el año 1948. Hace una segunda visita a Israel.

Marc Chagall se adscribe a la creencia de que el mundo no es un valle de lágrimas, sino que está bien hecho por Dios. De ahí que luche constantemente por afirmar la alegría y la felicidad. Quiere decir no al dolor y proclamar que lo propio de Dios es la alegría. Para mí, esta insistencia en la alegría como la emoción fundamental que pone en contacto al hombre con la divinidad me parece específicamente judía. La postura de Chagall es: ¡qué difícil es ser malo! (en lugar de ;es tan difícil ser bueno!). Lo sagrado y lo profano no están separados: la obligación del hombre, para el judío, es extender lo sagrado al conjunto de lo profano. De ahí la no presencia del mal en sus cuadros.

Marc Chagall y la mística judía

En el judaísmo, el orden del hombre es el orden de Dios. Hay además un predominio de la importancia que se concede a los actos sobre las emociones y pensamientos. Esto incide de manera fundamental en todas las variantes

de la mística judía. Son varias las características diferenciales del misticismo judío. Éste no busca la unión mística absoluta; sólo aspira al conocimiento de Dios para amarle mejor. El místico judío se afirma en su orgullo ante Dios, no busca desaparecer ante Él. Aquí nos vamos a centrar en el hassidismo, que es la corriente mística que ilustra Chagall.

Marc Chagall se inscribe dentro del neohassidismo. Su relación con el hassidismo es muy libre, ajena a todo integrismo. Además de la alegría y el amor, hay un aspecto muy importante en Chagall y en su hassidismo, que es el orgullo, pero no en el sentido de soberbia. Ello se percibe en el modo en que asimila y transforma lo ajeno y cómo se enfrenta desde el principio con la pintura. En el hassidismo cada uno debe buscar su propio camino a Dios o a lo sagrado. Hay también una afirmación de la irrepetibilidad de cada hombre: cada hombre tiene una misión propia, y tiene que actualizar sus potencialidades, que son únicas. Ello refuerza la seguridad en uno mismo, reafirma el orgullo.

Pintor del amor -el hassidismo es una corriente absolutamente amorosa-. Chagall no representa nada que no ame. La pareja tiene una presencia total en sus cuadros. Al Cantar de los Cantares le dedica, por ejemplo, cinco cuadros

En el hassidismo lo divino está en todas las cosas y no puede ser despertado más que por aquel que las aborda con un respeto sagrado y se santifica a través de ellas. La realidad sensible es divina, pero espera ser realizada en su divina realidad por intermedio de quien vive en la verdad. Vemos cómo los animales en Chagall tienen la misma importancia que las personas. En ellos, como en los paisajes, Dios está también presente.

Y, por último, destaquemos la alegría y la danza como expresión de la alegría, esenciales en el Hassid. Chagall es de una alegría desbordante y comprende que la afirmación de la ale-

gría es la afirmación de Dios.

Javier Arnaldo

La pintura al dictado del amor

Los coetáneos vanguardistas de Marc Chagall lo conocieron como «el poeta» (le poète), el pintor lírico que representaba metáforas del fluir de la vida, del sentido de la experiencia y del intenso poder del amor como energía de perfeccionamiento humano. Su relación con

las vanguardias fue indudablemente determinante. Pero también es verdad que su obra se distingue con claridad de las propuestas de las vanguardias históricas, cuyo ensimismamiento formalista rechazó una y otra vez, para oponerle el primado del mensaje espiritual y del sentimiento religioso.

Chagall, uno de los más grandes y preclaros pintores de nuestro siglo, a la vez que uno de los mayores detractores de la pintura moderna, fue, ante todo y sobre todo, siempre él mismo. Su autenticidad artística y humana se pronuncia como un testimonio colosal en el medio de la cultura contemporánea.

Una de las primeras exposiciones temporales que se hicieron en el museo que creó Marc Chagall en Niza, el Museo Nacional Mensaje Bíblico Marc Chagall, inaugurado en 1973, fue la dedicada a Rembrandt y la Biblia. La obra de Rembrandt ejerció sobre Chagall un infinito poder de fascinación a lo largo de toda su vida, como si fuera la máxima autoridad pictórica que reconociera en la historia y, a la vez, la psicología artística en la que él mismo se reconociera. El Autorretrato de 1924 del joven y sonriente Marc Chagall actualiza autorretratos del joven Rembrandt, como el de 1630. Y es que Rembrandt representa una prefiguración de la sensibilidad de Chagall, una medida de la individualidad con la que conecta admirablemente la inmensa personalidad del pintor bielorruso y



a la que apunta como aspiración artística máxima. Y uno de los factores más importantes en esta afinidad es la expresión saturada del amor y de la alegre aceptación de la existencia que vive en los cuadros de ambos artistas.

En su ensayo filosófico sobre Rembrandt, Georg Simmel escribió: «en Rembrandt la forma es sólo el momento de la vida más y más presente». Si saltamos de La novia judía (hacia 1666), de Rembrandt, a El caballo rojo (1938-44), de Chagall, puede resultar algo desconcertante. Ahora bien, la afinidad entre ambas representaciones es muy cautivadora. La forma en que el hombre posa la mano sobre el cuerpo de la novia, la ejecución pastosa y vibrante de la imagen, en la que la atmósfera y toda la periferia de los personajes está impregnada de la misma evocación de la ternura que expresa la mano del novio, son rasgos comunes a ambos cuadros.

La composición de *El caballo rojo* semeja un remolino de líneas curvas y sinuosas y superficies de color que se entrecruzan. El cuadro condensa una multiplicidad de energías, hace las veces de vórtice. Pero, también por lo que respecta a las representaciones mismas el cuadro es una superficie en la que, como en una pantalla de la imaginación, convergen múltiples asuntos: los novios, el caballo con manos que trae luz, el acróbata, la lectora, seres híbridos o incorpóreos que tocan el violín, las calles de Vitebsk, la ciudad natal de Chagall, aquí nevada y nocturna.

Simmel, en su ensayo sobre Rembrandt, distinguía dos conceptos que servían para explicar las producciones de la historia del espíritu: *creación* y configuración. Mientras que la cultura griega clásica y la del clasicismo, de Rafael por ejemplo, eran esencialmente configuradoras, en el sentido de que desarrollaban v transmitían formas va existentes en la tradición dada, Rembrandt representaba una libertad de creación que se substrae a la descripción analítica. Para Chagall no hay que atender a las formas por sí mismas (al primado de la configuración), lo importante es la expresión creadora. Los esquemas y valores formales encorsetan la vida de la psique y del sentimiento, que es lo que debe manifestarse.

La vida como historia revelada

En la autobiografía que escribió Chagall, *Mi vida*, en la que nos cuenta desde la historia de sus abuelos hasta su segundo viaje a París en 1923, existen pasajes que hacen las veces de oraciones, con algún toque de humor. Uno de estos casos, especialmente interesante, es el siguiente: «Dios, Tú que te disimulas en las nubes o detrás de la casa del zapatero, haz que se manifieste mi alma, alma dolorida de muchacho que tartamudea, revélame mi camino. No quisiera ser igual a todos los otros; quiero ver un mundo nuevo».

«Como respuesta, la ciudad parece hendirse, como las cuerdas de un violín, y todos los habitantes empiezan a caminar por encima de la tierra, dejando sus sitios habituales. Los personajes familiares se instalan en los tejados y descansan. Todos los colores se vuelcan, se convierten en vino, y mis telas quedan empapadas de la bebida.»

El descubrimiento de sí mismo, la manifestación del alma, que cuenta aquí Chagall, va directamente unido a la plegaria, a un despojarse de la propia voluntad en sentido religioso. El mundo aparece metamorfoseado a partir de ese acto religioso de entrega, y la imaginería chagalliana, su fantasía, la celbración de la música y del color vienen a ser como la respuesta de un eco a su

pregunta. La fiesta de la vida arranca de ese verterse imprevisto de los colores, de ese sentirse salpicado por el vino, que es el vino pascual. La religión queda definitivamente asumida como fuente de poesía desde las etapas más tempranas de Chagall.

Chagall abordó una y otra vez sus temas en clave religiosa, en las claves de la propia tradición religiosa. En la decoración del Teatro Judío de Moscú ejecutó, entre otras, las representaciones de las artes: la Danza, el Teatro, la Música, la Literatura. Esta última, la Literatura, está encarnada en la figura de un escriba que transcribe la Torá.

«Desde mi temprana juventud —escribe Chagall hacia 1974—, la Biblia me cautivó. Siempre me ha parecido, y todavía me sigue pareciendo, la fuente de poesía más impresionante de todos los tiempos. Desde esa época he seguido buscando su reflejo en la vida y en el arte. La Biblia es como una resonancia de la naturaleza, y yo, por mi parte, he intentado transmitir ese mensaje.»

La historia real también es objeto de alegorización en la pintura de Chagall por medio de episodios de la historia revelada. La persecución de los judíos durante el genocidio nazi y en los progromos de la antigua Unión Soviética son un tema recurrente que aparece revestido con representaciones que hacen referencia al Éxodo.

Chagall pinta numerosos lienzos con escenas bíblicas: Adán y Eva (1910), Éxodo (1948-51), y tantos otros, además del célebre ciclo titulado Mensaje Bíblico. «Me he referido al gran libro universal que es la Biblia», escribe Chagall. «Desde mi infancia me ha abierto los ojos acerca del destino del mundo y me ha inspirado en mi trabajo. En los momentos de duda, su grandeza y sabiduría altamente poéticas me han serenado. Es para mí como una segunda naturaleza.»

«Yo veo los acontecimientos de la vida y las obras de arte a través de la sabiduría de la Biblia. Una obra auténtica e importante debe estar traspasada por su espíritu y armonía.»